

I CERTAMEN

3.º Premio • Año 2000

Destellos, destellos:
la sombra.

Andrés Navarro García

"Y detrás de los mitos y las
máscaras
el alma, que está sola."

Jorge Luis Borges

Destellos, destellos

(FIGURAS EN LA ORILLA)

1.

Habitamos en la lejanía del tiempo
y en el humo de tus cigarros dando
forma
a nuestros cuerpos. Tarde de septiem-
bre
e hilos que acentúan
llanuras de voces muy quietas
entre nuestros labios.

2.

Paro de escribir
para mirar como dejas,
desentendida,
tu olor en el agua del lago.
También la eternidad tiene sus méto-
dos.

3.

En el fondo
las almas de otros tiempos permanecen.
Dentro del agua no pasa el tiempo,
fuera, pretendo olvidar que todos
estos momentos tienen ya vocación de
recuerdo.

4.

Fin de una estación, dos cuerpos enlazados.

Tiemblan, indefensas sobre el agua,
las hojas de este día.

(HOMBRE)

Mi voz es la voz
del hombre que abre los brazos
y las palabras que mis labios hablan
no rasgan el silencio. Pero si decido
callar,
si mi garganta duerme,
mi silencio se escucha en los rincones
de todos los templos de la tierra.

Hoy no anochece,
son mis pasos los que, muy despacio,
se acercan a la noche
que está quieta.
Mis pies no dejan señales,
se abren simas invisibles a mi paso
donde mis huellas caen y se pierden.
Recordar es tal vez falacia
para el hombre que nace
del vientre de una madre diferente cada
mañana
y duerme al caer la tarde
un sueño sin sueños.

Abro al abrir los ojos la luz del mundo
y en mi reloj de pulsera
no hay agujas.

(IMAGENES)

A menudo rememoro historias que nunca ocurrieron.

Imaginar es vivir otras vidas: el tiempo
de los fantasmas que nos habitan en silencio.

Una voz próxima y anciana me dijo una vez que con
la edad,
conforme se van muriendo de viejos nuestros años,
la imaginación se apaga como una sonrisa o una
luz,
pero yo sé que son los fantasmas,
que huyen con sus vidas soñadas a otra parte,
a otro cuerpo,
cuando empiezan a verse reflejados en nosotros.

Imaginar es mentirle a la memo-
ria con los sonidos
o el viento,
o el olor y el tacto de una piel
suave,
o una luz que vibra como el otro
día
en las hojas del jardín, ¿te
acuerdas?

(ESA PIEL)

La tentación serpentea en la penumbra.

Son los hilos de luz
los que tejen y aún arropan esa piel.

Desmadejar el vestido invisible
con uñas y dientes.

En la penumbra una mano de sombra
acecha.

(SÓLO EL SOMBRERO)

No mires todavía- dijo.
Siempre fue más fácil entenderla
sin mirarla a los ojos,
al teléfono o como en aquel
momento,

de espaldas.

Esperaba que me desvelara algún secreto
o un regalo, o un disfraz.

Lo recuerdo igual que si hubiera ocurrido,
la luz vencida de la tarde

en una casa sin jardín,
su voz delgada y extranjera hablan-
do sólo
para distraerme o contener mis
ojos;
luego
guardó silencio unos segundos,
el aire simple y quieto,
sólo el sonido que hacen las telas
al caer al suelo.
Vuélvete hacia mí- dijo.

la sombra

(ADIÓS)

Caen como lágrimas,
un, dos, tres, cierra los ojos,
no me mires ahora;
hacer el amor o tararear una vieja melodía,
las canciones que se parecen a hace años,
hacer el amor que imparable
se deshace. Hablar
para no escuchar los pasos aún no dados,
tu voz me distrae, no dejes de hablar,
el abismo está detrás de tu silencio.
Vuélvete, no me mires ahora.
Un, dos, tres, los segundos caen
como lágrimas en la arena de un desierto.

(AHORA LO HE SABIDO)

Ahora lo he sabido,
la soledad no es sólo saber que
nadie nos piensa
en esos momentos en que venderí-
amos al diablo
el alma de un amigo, a cambio de
que
nombrara nuestro número al teléfo-
no,
sino saber
que a aquella tarde (de lluvia y cení-
ceros alrededor de la cama
en que hicimos el amor incautos del
futuro y temerosos
de caer dormidos de amor o de can-
sancio)
no le quedan ni las briznas de nues-

tros cuerpos entre las sábanas
ni el olor acre del tabaco y que todo es ya
el día de hoy devorándolo todo.

Y la soledad es ver al tiempo
mirar con deseo lo poco que nos queda,
relamiéndose al lado de la cama.

(FORMAS)

Sólo he conocido la dicha
en los largos instantes,
mirando sus formas haciendo café,
cariño, acércame un cigarrillo,
humo en los dedos que no rasgan la
noche,
los lindes del amor en las ventanas.
La dicha,
su cuerpo dando forma al aire del mundo.

Seguir respirando.

(LA LETRA PEQUEÑA)

Lo dijo con las yemas de sus dedos en la espalda:

Tendrás de mí sólo aquello que yo ofrezca;
podrás darme, únicamente, tus trocitos de piel
que se ajusten a mi piel. Esas son las condiciones.

Era un contrato sin letra pequeña, pensó ella,
ni horizonte, ni dudas. Lo firmó
con un beso.

Se sucedieron los días y las yemas de los dedos,
aquel otoño duró lo que tardan en caerse
todas las hojas, sin prisa, sin argumentos,
pero dejándole entender que la espera
es siempre una forma de ausencia.

Mi cuerpo es un paseo por la playa,
la arena en la piel de tu descanso.
Mi amor es once veces el mar. En tu espalda
no hay orillas.

Lo escribió en una servilleta de papel,
en un café del centro, con letra llorosa
y pequeña.